

## LIBROS:

### Decir basta y después morir

Ezequiel Martínez Estrada: *Léopoldo Lugones, retrato sin retratar*. Extradio destino el de este hombre: treinta años después de muerto, no pasa mes sin que le endilguen algún libro, él a quien nadie leía en vida, sino algunos colegas y para alucinar. Es sabido que nunca vendió más de 200 ejemplares, y que ediciones íntegras las absorbió la Comisión de Bibliotecas Populares, siempre benévola con las ratas. Pero —entrando bien—, nada ha cambiado, pues lo que escribían sobre él tampoco lo saben. Lo usan para disimular que están hablando de sí mismos: es un taparrabos de moda.

Como Lugones fue el movimiento continuo, así en estética como en política, hay Lugones para todos los gustos: basta con cortar, en su parábola vital, el segmento con qué uno se identifica y desinteresarse del resto.

Es tan castaña la inteligencia argentina, tan pacata, tan burlida ante el ridículo, que nadie se atreve a declarar: "Esto lo digo yo porque me da la gana". Semillas de Unamuno, de Baroja, de Maeztu, no se acostumbran bajo estos cielos. A cada idea se le busca un padrino con iniciales. Los personajes ilustres se convierten, en zombis: les quitan el alma y los hacen andar por el mundo según la voluntad del brujo.

Que Lugones fue un personaje —desde niño—, nadie lo ha dudado, y menos él. Psicológicamente, es un hombre del 80 que llegó tarde, cuando el 80 moría, como indica Martínez Estrada. O, más bien, de treinta años atrás, cuando otras grafomanias sin dinero (Mitre, Sarmiento, Alberdi, Gutiérrez) volvieron del exilio y, mal que bien, hicieron el país. De ahí su conducta quisquillosa, sus maneras altisonantes, su empaque: necesitaba hacerse valer, porque los Lugones no andaban sobrados de doliciones, y por ese entonces —al menos en su mente provincial— regla de veras aquello de "tanto tienen, tanto valen". ¿Cómo no habrá de ocurrírselle exhibir su pobreza como un timbre de hidalguita?

Aunque merecido, el culto que se rinde a su pobreza, a su independencia, a su carácter arisco, a su tenacidad en el trabajo, proclama que estas virtudes, comunes a la clase intelectual de cualquier país, no eran frecuentes en la Argentina de su tiempo, como lo fueron en la generación anterior. Y hasta la vergüenza se habría perdido en la siguiente, si Martínez Estrada lo alaba por ellas de tal modo que el lector asocie los nombres de maestro y discípulo.

#### Cuando se vio copado

Pues aquí la República Literaria no tiene Presidente, sino Rey. Lo fue Lugones; desde entonces, el trono pertenece a Borges; Malraux supo apartarse con prudente indiferencia, pero Martínez Estrada astormentó sus últimos años en una insensata guerrilla,

con el fin de restablecer su primogenitura. Había sido ungido poeta por él, como Franco, Pedrová, Rega, Nále y algún otro. En cambio, Borges fue el capitán de una sedición —o de un bochiche—, y su ulterior reconocimiento de que el martiniflerismo emanó del Lusorio sentimental es, además de un acto de justicia, una jactancia hipócrita.

Lugones fue un pedagogo liberal, que se volvió fascista; con tía Mígica, pues el liberalismo presupone un consenso sobre el régimen burgués de propiedad; después del triunfo bolchevique, el Senado; Albertini financió al Duce. Von Papen se somete a Pühler, y en esta apartada orilla, Martínez descubre la "Argentina invisible —sin chusma que amarbole la libertad de expresión—, y tanto él como la señora Victoria Ocampo son huéspedes oficiales del Gobierno italiano. Solo que esta gente nunca se desenvuelve, por simpatía ideológica, de los muy concretos intereses que rigen su país, mientras que el desmembrado Lugones, después de encabotar la revuelta anglofrancesa contra la neutralidad argentina (Mi belligerancia), da un paso más y adhiere al sistema de los países que pronto entrarán en guerra con los intereses dominantes en la Argentina. Entonces, *La Nación* empieza a tirar al canasto sus originales, y él se sitúa solo, traicionado, convertido en chivo cañizo. Como dice en *Romances del Río Seco*:

T cuando se vio copado,  
sin haber lugar a dudas,  
para no hacerles el gusto  
se dio la muerte de Judas.

Veinte años después, Martínez Estrada, cuyos libros pseudo-sociológicos habían sustentado la ideología liberal e incomprendido a la chusma, siendo también, que ha sido utilizado. A la medida del peronismo, todavía complica sus viejos prejuicios (¿Qué es esto): pero al ver de qué se trata, al comprender que la oposición democrática del 45 se modaba de la democracia en el 55 (Los cuernos), al observar que sus amigos de siempre lo vitaban y se rifaban sus ropas, reaccionó virilmente, como Lugones, aunque en sentido inverso. Bloqueada históricamente la transición hacia el fascismo, él se arriña a Fidel Castro. Y arroja dardos y centellas contra su propio bando; apostoles y jerarcas; se alza, sale del país, muere como un perro apedado.

"Este no es el libro que Martínez Estrada hubiera querido escribir sobre Lugones", previene horadadamente su albacea literario, Enrique Espinosa. Los materiales que él reunió —casi todos de valor periclitado— ilustran sobre esa infructuosa batalla póstuma por la sucesión de Lugones. Entre ellos, solo el que presta título al volumen ("Retrato sin retratar") ostenta la garra de Martínez Estrada, su suntuosa polifonía verbal, su velocidad maníaca de ideas y apostillas, su robusta aptitud para la elaboración de mitos. Pero Lugones, cuando escribió su libro de ensayo sobre Roca, sintió la necesidad de pegarse un tiro dejando una esquina que decía: "Basal". No era necesario que Martínez Estrada se pegase un tiro; pero ni siquiera en ese texto fue capaz de decir basta (Enero, 1958; 164 páginas, 480 pesos). \*



Lugones y Martínez Estrada, según Sábat: Dos destinos.

Libros y documentos

**FECHA DE PUBLICACIÓN**

1969

**FORMATO**

Artículo

**DATOS DE PUBLICACIÓN**

Decir basta y después morir. [artículo]

**FUENTE DE INFORMACIÓN**

[Biblioteca Nacional Digital](#)

**INSTITUCIÓN**

[Biblioteca Nacional](#)

**UBICACIÓN**

[Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile](#)